



EN LA UNIÓN IBERO-AMERICANA

FUÉ una hermosa fiesta la celebrada por la Unión Ibero-Americana en honor de Cervantes.

A ella asistieron el Sr. Peralta, el más antiguo representante de América en España; los ministros del Ecuador, Costa Rica, Argentina, Nicaragua, Perú, y representantes diplomáticos y consulares de Cuba, Chile, Santo Domingo, El Salvador, Colombia, Paraguay, Uruguay, Venezuela, etc.; los señores marqués de la Vega de Armijo, duque de Veragua, marqués de Aguilar de Campóo, conde de Casa Valencia, Aguilera, Rodrigáñez, y muchos senadores, escritores, diputados, artistas, industriales, periodistas, y, sobre todo, gran número de damas distinguidas de la nobleza, la literatura y la enseñanza.

Leyéronse poesías en honor de Cervantes, de los señores Iracheta (cubano); Fernández Güel (costarricense); Antón, Ortega Morejón, padre Jiménez Campaña, conde de Reparaz y Pardo Belmonte, y pronunciaron breves discursos los Sres. Pérez Triana, Balbín de Unquera, Méndez Bejarano, Vargas Vila, señoras Carmen de Burgos y Pardo Bazán, y el presidente.

La resurrección de Don Quijote

por Carmen de Burgos Seguí
(Colombine.)

Mucha habrá de ser vuestra indulgencia para dispensarme que entre personas tan competentes me atreva á formular el eco de un ensueño.

Se lo oí decir á Navarro Ledesma en el Ateneo, y su acento convencido llegaba hasta el fondo de mi corazón, escuchando aquella parábola hermosa en que nuestro redentor Don Quijote se alzaba de su sepulcro al tercer aniversario secular, y derribando la losa de nuestras rutinas, enlazaba á la amante Dulcinea en un abrazo fecundo, engendrador de ideas, de nuevos derroteros, manantial de vida libre, de una sociedad donde brillen los ideales del progreso, de la justicia y del arte.

Todas las mujeres soñamos con la resurrección de Don Quijote; nadie puede desear tanto como nosotras la vuelta del buen caballero, galante y respetuoso, hidalgo defensor de doncellas y viudas, desfacedor de entuertos y paladín de la justicia.

¿Cómo no soñar con la resurrección bendita del caballero de la Mancha en un país donde la mujer no puede salir sola á la calle sin exponerse á impertinencias y groserías, donde se lucha con ella para arrebatarla un sitio ó un asiento, donde las leyes no la protegen ni la sociedad la educa como debiera?

Aquel Don Alonso Quijano, respetuoso hasta con las mozas de partido, galante con todas las mujeres, pronto á reñir desigual batalla en obsequio de los seres débiles ó á morir proclamando las excelencias de su Dulcinea, es el prototipo de la galantería española, ahogada casi con el sanchopancismo *importado* de países más utilitarios y menos espiritualistas.

El ansia de ideal se acentúa, la rebeldía late en el alma de todos: poetas, pensadores y patriotas buscan por paladín, para acometer magnas empresas, al valeroso caballero de la Mancha.



Doña Carmen de Burgos Seguí (Colombine).

Descanse en paz en su ignorada sepultura la armazón de huesos que vistió la escasa carne mortal del de la Triste Figura, materia que, inmortal también, se descompone y se transforma para la eterna renovación de la Naturaleza.

Pero su espíritu no se cambia; él infunde su aliento en nosotros; al calor de sus ideales se engendró esta Unión Ibero-Americana, refugio de las esperanzas de engrandecimiento en política, en progreso y en arte.

Despierto está el noble caballero que infundió el soplo vivificante en nuestros espíritus, sane su locura los males de nuestra razón, busquemos horizontes de luz, de amor, de idealidad, porque *no sólo de pan vive el hombre*, y, sobre todo, bajo el cielo de España.

Las llamas de nuestro sol idealizan cuanto iluminan; á su luz, toda mujer puede parecer una Dulcinea, si los hombres llevan en el pecho un corazón de Quijote.....

... Acabarán las fiestas del Centenario, enmudecerán los modernos ingenios que cantan al divino Cervantes; pero quedará repercutiendo, como un eco del sentimiento general de las mujeres españolas, esta postrer oración: ¡Quieran los dioses que resucite nuestro señor Don Quijote!

Helios

por Ruben Darío.

¡Oh, ruido divino!
 ¡Oh, ruido sonoro!
 ¡Lanzó la alondra matinal el trino,
 y, sobre ese prelude cristalino,
 los caballos de oro
 de que el Hiperionida
 lleva la rienda asida,
 al trotar forman música armoniosa;
 un argentino trueno,
 y en el azul sereno
 con sus cascos de fuego dejan huellas de rosa!
 Adelante, oh cochero
 celeste, sobre Osa
 y Pelió sobre Titania viva:
 ¡Atrás se queda el trémulo matutino lucero,
 y el universo el verso de su música activa!

¡Pasa, oh, dominador, oh conductor del carro
 de la mágica ciencia! ¡pasa, pasa, oh bizarro
 manejador de la fatal cuadriga,
 que al pisar sobre el viento
 despierta el instrumento
 sacro! Tiemblan las cumbres
 de los montes más altos,

que en sus rítmicos saltos
 tocó Pegaso. Giran muchedumbres
 de águilas bajo el vuelo
 de tu poder fecundo,
 y si hay algo que iguale la alegría del cielo,
 es el gozo que enciende las entrañas del mundo

—
 ¡Helios! tu triunfo es ese,
 pese á las sombras, pese
 á la noche, y al miedo y á la livida Envidia.
 Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,
 y la negra pereza, hermana de la muerte,
 y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,
 y Satán todo, emperador de las tinieblas,
 se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas
 de amor y de virtud las humanas conciencias,
 riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;
 los castillos de duelo de la maldad derrumbas,
 abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,
 y, sobre los vapores del tenebroso Abismo,
 pintas la Aurora, el Oriflama de Dios mismo.

—
 ¡Helios! Portaestandarte
 de Dios, padre del arte,
 la paz es imposible, mas el amor eterno.
 Danos siempre el anhelo de la vida,
 y una chispa sagrada de tu antorcha encendida
 con que esquivar podamos la entrada del Infierno.

—
 Que sientan las naciones
 el volar de tu carro, que hallen los corazones
 humanos en el brillo de tu carro, esperanza;
 que el alma-Quijote y el cuerpo-Sancho Panza,
 vuele una psique cierta á la verdad del sueño;
 Que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño
 una realización invisible y suprema;
 ¡Helios! que no nos mate tu llama que nos quema.
 Gloria hacia ti del dulce aroma de manzanas,
 de los cálices blancos de los lirios,
 y del amor que manas
 hecho de dulces fuegos y divinos martirios,
 y del volcán inmenso
 y del hueso minúsculo,
 y del ritmo que pienso,
 y del ritmo que vibra en el corpúsculo,
 y del Oriente intenso,
 y de la melodía del crepúsculo.

—
 ¡Oh, ruido divino!
 Pasa sobre la cruz del palacio que duerme
 y sobre el alma inerme
 de quien no sabe nada. No turbes el Destino,
 ¡oh, ruido sonoro!
 ¡El hombre, la nación, el continente, el mundo,
 aguardan la virtud de tu carro fecundo,
 cochero azul que riges los caballos de oro!